



EL PENSAMIENTO DE MADRE MARÍA EUGENIA

SOBRE NUESTRA MISIÓN EDUCADORA

ALGO DE HISTORIA PARA UNA MAYOR COMPRENSIÓN

La primera mitad del siglo 19 fue un periodo crítico y difícil para la Iglesia de Francia, que salía crecida, sí, pero maltratada y herida, de los terribles sufrimientos de la etapa revolucionaria.

Muchos católicos, importantes, no supieron, en efecto, superar la tentación, bastante disculpable, de agarrarse otra vez a sus prerrogativas. ¡Y volvió de nuevo la búsqueda de intereses inmediatos y particulares!

Por otra parte, a la iglesia oficial, atada por sus alianzas con la reacción antirrevolucionaria, le costó mucho admitir que en la ideología de libertad y fraternidad de 1789, todo no era negativo. Hombres eminentes, tales como el escritor Joseph de Maistre, profeta de la trascendencia de Dios ¿No trataba de demostrar que le poderío de Dios actúa en todos los sufrimientos de los hombres? ¿No afirmaba que la violencia y hasta la misma crueldad se debían a la acción de la Providencia, como purificación del pecado, incluso cuando recaen sobre los inocentes? Visión trágica del mundo, discutible en si misma, pero explotada naturalmente, a tiempo y a destiempo, en ciertas esferas católicas, para mantener las injusticias sociales y negar “a priori” toda reforma de las estructuras.

Más o menos, en todas partes, se hacía gala de una religión exterior, tristemente superficial, cosa que suele suceder a menudo después de los grandes cataclismos.

Pero existían también espíritus con suficiente apertura para comprender que los tiempos nuevos necesitan una Iglesia renovada, y que era urgente imbuir la vida social y la política de la verdad del Evangelio. Estos católicos fervorosos apoyaban las reivindicaciones de libertad, de los polacos, irlandeses e Italianos del Norte y eran el eco de “las aún débiles quejas” de la clase obrera, aplastada por el naciente capitalismo. Entre ellos se contaba a Lamennais y sus amigos, a Bouchez “el socialista cristiano” y en los primeros años de la fundación, M. M^a Eugenia simpatizaba con todas estas ideas. Todos estos formaban el grupo inconformista. ¡Y la Iglesia oficial permanecía en guardia!

Las páginas siguientes tienen la finalidad de comparar algunos textos inéditos de la M. M^a Eugenia, en estos años, con otros ya conocidos por los “Orígenes” y subrayar la originalidad de su pensamiento en relación con nuestra misión educadora, la oposición que este pensamiento encontró por las razones antes enumeradas, y las consecuencias de esta oposición para su vida interior, en este momento del nacimiento de la Asunción.

La lectura de las cartas inéditas y de los textos auténticos de la M. M^a Eugenia nos permiten conocerla bajo su verdadero aspecto: en ellos la descubrimos vibrante, apasionada, comprometida con todo su tiempo, declarándose ardiente partidaria, aún en contra de todos, por lo que a ella le parece ser la causa de Jesucristo.

Porque al entregarse totalmente a Él, con todo el ardor de sus 19 años, aporta la exigencia de autenticidad de lo absoluto de su juventud, y su esperanza de la “renovación del mundo” por la ley del Amor, de la cual la Iglesia es la depositaria. Si no es religiosa puramente contemplativa, tal como una parte de su ser siente el atractivo es porque piensa que “tiene una misión en este mundo”, dar a conocer a Jesucristo, LIBERTADOR Y REY DEL MUNDO, y también porque cree debe trabajar por medio de la educación en la transformación del mundo según el evangelio de Jesucristo; es que le parece que las “consecuencias terrenas de la Redención” representan el advenimiento de una “sociedad verdaderamente cristiana”, es decir, donde REINE EL AMOR y ella quiere colaborar en esta empresa, con la Iglesia.

M. M^a Eugenia no ha escrito tratado sobre este tema. De este periodo solo nos quedan unas cartas, y cartas escritas a vuelo de pluma, en los escasos momentos libres de unas jornadas sobrecargadas.

Para discernir su pensamiento profundo sobre cualquier tema, nos es necesario cotejar todos los textos donde trata la misma cuestión. Aquí se trata de Reino de Dios en este mundo y de la educación según Jesucristo, que es la que debe acelerar este advenimiento.

Desde 1841 a 1845 hemos recogido catorce cartas que en su totalidad o parcialmente tratan de esta cuestión. La lectura paralela de estas cartas hace que resalten los puntos principales del pensamiento de la M. M^a Eugenia y también la historia de ese pensamiento. “Historia” que puede resumirse de esta forma:

- Eugenia Milleret, cuando se convierte, tropieza muy pronto con una amarga desilusión, al darse cuenta de cómo viven muchos católicos de su tiempo (y no de los menos importantes) ciertas exigencias del Evangelio.
- Esta desilusión está en relación con la esperanza que en ella alienta. No es posible que la transformación del mundo no se realice por medio de la ley del amor del Evangelio.
- Es a esta transformación del mundo a lo que se siente llamada por Dios, dedicándose a la educación y ayudando a las jóvenes a liberarse personal y comunitariamente del egoísmo, para vivir en el amor.
- Pero los que le rodean consideran esta esperanza como una utopía, piensan, en efecto, que los sufrimientos actuales de la sociedad ineludible del pecado.
- De todo esto resulta para nuestra M. Fundadora.
- Un sentimiento doloroso de soledad, ante la general incompreensión.
- Escrúpulos, relacionados con sus “ideas reforma” que la reprochan como una especie de orgullo y autosuficiencia, tanto en ella como en sus hermanas.

- Indecisiones ante la alarma que suscita su obra
 - Un profundo desaliento viendo que no puede ejercitar la misión exactamente según su ideal
 - Y hasta un cierto temor de apartarse de la ortodoxia de la fe.
- (1) Cartas consultadas.
- Al Padre Lacordaire
 - 31 diciembre 1841
 - al Padre d'Alzon
 - 1841, sin fecha
 - 1842, 6 de julio
 - 19 de julio
 - 28 de agosto
 - 1843, 13 de octubre
 - 27 de diciembre
 - 1844, 2 de febrero
 - 5 de marzo
 - 12 de marzo
 - 15 de marzo
 - 26 de junio
 - 5 de junio
 - Y final de 1844

I.- “UNA ACCION POSITIVA Y TAJANTE EN NUESTRA PEQUEÑISIMA ESFERA”

DESILUSIÓN

Al oír hablar del P. Lacordaire, en 1836, M. M.^a Eugenia HABÍA VISLUMBRADO LAS MARAVILLAS DEL Misterio de la iglesia. En realidad no conocía esta Iglesia, pero como todos los convertidos, se la “imaginaba” de acuerdo con su lectura exigente del Evangelio. Y, como muchos de los convertidos, tuvo una decepción al encontrarse con hombre pecadores, allí donde esperaba encontrarse con santos. Esto lo explica ya desde 1841, en una carta al P. Lacordaire. (Citado fuera del contexto en los “Orígenes” I p. ed. 1898)

“Estaba realmente convertida y tenía el deseo de entregar todas mis fuerzas, mejor dicho toda mi debilidad, al servicio de esta Iglesia que de aquí en adelante, me parecía era la única que tenía, en la tierra, el secreto y el poder de todo Bien. Pero no conocía a los miembros de esta Iglesia, y durante el tiempo que aún pasó, hasta consumir, por el estudio del cristianismo, la renovación intelectual que Vd. había iniciado en mí, me los imaginaba ¡apóstoles!... Más adelante, encontraría ¡que eran hombre! Esto debo decirlo, es la causa de las amarguras y decepciones que, a veces, me torturan” (13 diciembre 1841)

POR CAUSA DE UNA GRAN ESPERANZA: UNA “SOCIEDAD” TRANSFORMADA POR CRISTO

Estas amarguras eran a la medida de la gran esperanza que llevaba su corazón. Y, lo tenemos que profundizar en el sentido de esta esperanza para comprender el significado de su carisma apostólico. La Iglesia es, a su modo de ver, la única que tiene el secreto y el poder del bien. Todas las palabras contienen este significado: el Evangelio trae un mensaje de salvación para los hombres, ya desde este mundo. Posee la fuerza del bien, un dinamismo capaz de transformar el mundo, el dinamismo del amor. Estamos ya en la óptica de la Constitución “Gaudium et Spes”. Son numerosos los textos en los cuales nuestra Madre se expresa sobre este punto; el más explícito es una carta dirigida al P. Lacordaire (citada en los Orígenes I p. 495 a 499)

“Me cuesta oír hablar de este mundo como de un lugar de destierro; yo lo veo como un lugar donde podemos dar gloria a Dios... Creo que precisamente nos ha puesto aquí en la tierra para trabajar por el advenimiento del reino de nuestro Padre celestial, en nosotros y en los demás hombres... Creo que Jesucristo con su sacrificio nos ha redimido del pasado para que siendo libres podamos consagrarnos a trabajar para que llegue a ser realidad la palabra divina que El vino a enseñarnos. Creo que todos tenemos una misión en el mundo y que, ante todo, hay que comprender que el fundamento del cristianismo ... no es únicamente el empeño de conseguir, por todos los medios posibles, nuestra eterna bienaventuranza, sino empeñarnos también en buscar la manera de ser en manos de Dios un instrumento útil para la difusión y realización de su Evangelio... ¿Puede Vd. concebir la belleza de una sociedad verdaderamente cristiana ¿... hay quien dice ¡ Hermosa utopía! ¡Le confieso que esta palabra me escandaliza!... ¿quién se atrevería a poner en duda, que la finalidad de este mundo no sea el Reinado de Jesucristo? Trabajar para que Jesucristo sea conocido como libertador y rey de este mundo... para mí esto es el principio y el fin de toda la educación cristiana.”

El texto está bien claro. No se trata únicamente de una transformación de “las clases sociales” sino de la sociedad, de la organización terrena del mundo según la ley del amor del

Evangelio. Un día nuestra Madre hacía alusión a esto, con una salida inesperada de ironía, que a veces se la escapaba en sus momentos de amargura:

¡“La Roma moderna! Aquí está el máximo de sus realizaciones (de los católicos conservadores). Allí se salvan más almas que en ninguna otra parte y esto es todo lo que desean que se vea”! (12 de marzo 1844 al P. d’Alzon)

Se trata como se ve claro, de una transformación radical de la sociedad “más deseable que fácil de realizar” transformación que el Evangelio de paz y de perdón tiene siempre la posibilidad de lograr.

“Todos los hombre deben ser rescatados por la sangre de Jesucristo de la fatalidad de su nacimiento... Veo en la Redención una obra de liberación universal pero todavía no consumada, y para mí la vida religiosa, hoy, se identifica con la obra de la redención de cautivos... Quiero decir que las instituciones sociales deben socorrer a los que desgraciadamente nacen al margen de las condiciones que pueden asegurar a libertad moral, de los que no encuentran, en la familia, la posibilidad de una educación cristiana, ni en su miseria, la libertad de una vida honrada... Como no veo a nadie, fuera de las órdenes religiosas que estén adecuadas para realizar esta “utopía” y para afianzar la educación cristiana, que a su vez , hace posible para todos la libertad moral conquistada por Cristo, yo soy religiosa... Para mí, la finalidad de las órdenes religiosas es posibilitar que todos los hombres alcancen las últimas consecuencias de la Redención (27 de diciembre 1843)

“Me parece, que he hecho más unas opciones que exageran las consecuencias terrenas de la Redención (tales como las de Buchez) porque son las que tienen más porvenir para las opciones – digámoslo claro, para pasiones políticas- tal como yo lo he experimentado. Creía que la realización de la voluntad de Dios por medio de la ley del Evangelio consistía en un estado social en el que ningún hombre tuviera que sufrir las calamidades que las inherentes de la naturaleza, es decir, donde los principios cristianos tendiesen a apartar de cada uno de los hombres la opresión de los otros” (112 marzo 1844)

“Percibo una clase de desarrollo y de rehabilitación moral necesaria en este mundo; tengo la perfecta intuición de una correlación exacta entre esta necesidad y la función del catolicismo, tal como yo la concibo.” (Final 1844)

TRABAJAR EN ESTA TRANSFORMACION, POR MEDIO DE LA EDUCACION

Así, entre las “instituciones sociales” que le parece se deducen de la misión de la Iglesia aquí, en el mundo y justifica la existencia de congregaciones religiosas, no puramente contemplativas, destaca aquellas “que aseguran la libertad moral de los que no encuentran en la familia una educación cristiana... libertad moral conquistada por Cristo”

No siendo ella religiosa puramente contemplativa, le parece que, desde su pequeña esfera, debe trabajar en la Iglesia “por la realización del Evangelio” en ese aspecto.

“Me parecía comprender que a través del tiempo, esta ley- del Evangelio-combatida y siempre sembrada de obstáculos, incluso por parte de los mismos cristianos, pedía la entrega y abnegación de algunos que le preparasen las almas y le ayudaran, por medio de la enseñanza, el ennoblecimiento, la fortaleza, el desprendimiento comunicados a las recientes generaciones, las futuras realizaciones”, (12 mazo 1844)

En este año 1844, cuando habla usa el tiempo imperfecto. Han surgido contradicciones y todo lo que señala parece venirse abajo. Pero este sueño lo había expresado con toda claridad dos años antes, con intuiciones casi proféticas.

"Nuestro pensamiento de la obra es muy sencillo; habíamos constatado que a instrucción de la mujer es generalmente muy superficial, por consiguiente de ninguna utilidad para sus hijos y sin conexión alguna para su fe... sabíamos que tienen ideas totalmente erróneas de su dignidad y sus deberes, avergonzándose de todo trabajo útil y necesario...valorando su posición y la fortuna de su marido has la ruindad, en fin aunque son piadosas ignoran en gran parte su religión, las verdades que nos enseña y su historia todo lo que las llevaría a comprender el espíritu social cristiano ... Añado que en muy pocas jóvenes les han enseñado la importancia que tiene la vida... ni las han acostumbrado a preocuparse de la miseria y necesidad que no ven, a condescender con los demás si solo se trata de sus gustos, pero a no ceder cuando se trata de sus deberes." (19 julio 1842)

“ Egoísmo y abnegación, he aquí los principio del bien y del mal en las cosas de aquí abajo...¿ Qué vino a hacer Nuestro Señor en el mundo sino a cumplir, por su Padre y por nosotros, la obra de entrega y abnegación que ningún interés particular podría explicar?...Luego al encargaros de la niñez, es porque queréis ser continuadoras de la misión de Jesucristo... debéis querer lo que Él quiso, buscar lo que Él ha amado y odiar cuanto está en oposición con Él... Seriais indignas del santo hábito que lleváis y del nombre que os dan, si os contentarais con enseñar a las jóvenes a plegarse a las apariencias e ideas de una sociedad que se llama cristiana pero que de hecho no lo es... todo cuanto Sta. Teresa pedía a Dios para sus hermanas, el día que abandonaran la pobreza, yo lo pediría para vosotras el día que abandonaseis la santidad de las enseñanzas de Jesucristo y el modo de obrar según las normas de la habilidad mundana ... Os entregan la niña ya medio educada; todo lo que podéis hacer, es enseñarle la verdad de Jesucristo y el modo de ponerlo en práctica ... desacreditar a sus ojos, el egoísmo de su propio corazón y después rezar...La meta final de nuestros esfuerzos es liberar a las almas de su egoísmo natural, para entregarlas sin reserva al cumplimiento de la voluntad de Dios, es decir, a todo lo que es bueno, santo y generoso. (a las hermanas en 1842)

“ Cuanto más profundamente pienso en estas cosas, creo que se debería preparar a las jóvenes de esta clase social (burguesía) a hacer grandes sacrificios, e incluso a que enseñen a sus hijos la comprensión del sacrificio,. Porque, sí desde ahora y a través de unas cuantas generaciones esta raza no desecha su egoísmo y no aprende a sacrificarse voluntariamente, se lo impondréis a la fuerza y por medios muy terribles. Enseñar todo esto constituye una obra colosal, en la que trabajan muy pocas personas, y de la que nadie por consiguiente, puede dispensarse, desde el momento que la comprende.” (al P. d’Alzon 6-7-42)

ESTA TRANSFORMACIÓN: ¡UNA UTOPIA!

¿ Por qué trabajan tan pocas personas en esta “obra colosal” de la educación verdaderamente cristiana de la burguesía , esta obra cuya finalidad debiera ser “la liberación del egoísmo”, liberación obtenida ya en potencia mediante la redención del pecado, efectuada por Cristo?

¿Por qué la M. M^a Eugenia tenía la impresión de ser ella, casi la única que lo comprendía? Lamennais y sus amigos habían tropezado, lo mismo que ella con la incompreensión, con la burla altanera. Este programa espléndido de “renovación social “en el espíritu de las bienaventuranzas, no era entonces, para la mayoría de los católicos, más que una utopía, incluso un sueño peligroso para el orden existente en la sociedad. Y los mayores entre ellos se ingenian, a veces, sinceramente en demostrar que las desigualdades sociales y los sufrimientos de la masa trabajadora, tanto como las demás injusticias son queridas por Dios como expiación del pecado.

M. M^a Eugenia sentía brillar en ella la rebeldía cuando querían hacerla admitir como ortodoxia esta teoría que según ella “infiltraba la somnolencia” en los espíritus y en los corazones “opio del pueblo” en el verdadero sentido de la palabra.

“El dolor, pensaban (los defensores de estas ideas) es el pago debido a la culpa. Como Vd. puede concebir estas ideas de Mr. de Maistre” me sublevan, pues, puede com-prender sin necesidad de entrar en detalles que las consecuencias sociales tanto como las particulares son diferentes (entonces de lo que yo creo) (al P. d’Alzon 27 diciembre 1843)

“Encuentro que empeñándose en la idea de la expiación, dela cual nada se hablaba en tiempos de S, Francisco de Sales, S. Juan de la Cruz, Sta. Catalina de Siena, los jóvenes adquieren ideas más metódicas que cristianas” (al P. d’Alzon 2 febrero 1844)

“Si la doctrina de la expiación, tal como la presenta Mr. De Maistre, es el “summun” de la vida cristiana, confirma, como por otra parte lo hace él mismo, todos estos hechos de expiación social que mi simpatía había realizado tales como la pena de muerte, la guerra, la fatalidad del nacimiento o de la posición etc. (al P. d’Alzon 12 marzo 1844)

“He vuelto a tener muchas tentaciones contra la fe con esas irritaciones, esos menosprecios que se apoderan de mí fácilmente por lo que yo llamo “sus ideas” sobre la noción dela expiación que me irritan tanto más si las tomo como nociones católicas del tema”. (al P. d’Alzon 25 junio 1844)

DE TODO LO CUAL SE DESPRENDE UN SENTIMIENTO DE SOLEDAD

Por todo esto la M. M^a Eugenia no podía dejar se sentirse “diferente” de cuantos la rodeaban. Este catolicismo conservador la hería profundamente en su alma y en su conciencia, ella que había sido educada en un ambiente liberal, con ideologías políticas avanzadas, había creído posible encontrar en el cristianismo el cumplimiento de sus más nobles deseos.

“¿Recuerda que le dije en otro tiempo que la mayoría de los católicos no me parecía lo fueran como yo y que mi fe se turbaría si fuese necesario renunciar a ciertas maneras de comprender? No me meto en política. ¡ no sería de mí! Pero déjeme decirle que todas las cosas de que le hablo remueven todas las fibras de mi ser. Tres inteligencias han tenido una gran influencia en mis ideas, la de mi madre y también la de dos hombres. Sea lo que fuese de sus otras cualidades capaces de atraerles el afecto, está claro que me gustaba apasionadamente en ellos “la misión social que les atribuía y ver en ellos los campeones de esta misión. Estas dos inteligencias, me parece, eran eminentes, como también la de mi madre. Los dos profesaba una ardorosa democracia, no en cuanto a la política actual, en la que no sabría interesarme seriamente, sino visando al destino y la nobleza moral de nuestro país en el porvenir. Cuando más tarde me volví a Dios sus ideas me ayudaron a tener fuerza. Y se lo confesaré, no podía representarme a nuestro Señor de una manera que me ligase más

íntimamente con Él que cuando le veía traer al mundo una ley cuyos efectos deberían ser tales que no he sabido explicárselo anteriormente “(al P. d’Alzon 12 marzo 1844).

Todo el mundo a su alrededor parece pensar de otra forma ¿ será ella única equivocada? ¿Cómo creerlo?

Cuando encuentro en los otros tan poca armonía entre la inteligencia y el corazón, tan pocas ideas extraídas del Evangelio, en cambio tanto respeto por aquello en que la razón humana se le opone, tanta confianza en las ayudas de este mundo, me siento tentada de una amarga y dolorosa ironía. Sin embargo, estas personas valen más que yo, y siempre me ha parecido, que a su manera de ver, es por humildad el ser así. ¿Será por eso que yo tengo tan poca? (al P. Lacordaire 13 diciembre 1841)

Me pregunto cuál es la razón de todas estas diferencias entre los otros y yo, a propósito del misticismo de pensamiento, de acción ¡qué sé yo! y fácilmente saco la conclusión que estamos todos locos, tanto ellos como yo (al P. d’Alzon principios de 1842)

“Un hecho es cierto, cuanto más profundizo en la cuestión menos simpatía siento por los sacerdotes y seglares piadoso. Encuentro que no comprenden que no sienten; que su corazón no late por nada grande, y me parece sería más fácil hacerme comprender por un hombre de mundo y decirle claramente mis pensamientos.(al P. d’Alzon 5 marzo 1844)

“Tengo un amigo fervoroso, hombre todavía joven, pero austero, erudito excéntrico, antiguo de Saint-Simonien, antiguo carbonario, seguidor celoso de Buchiz, profeta de transformaciones sociales, más deseables que fáciles, cristianos que escandaliza a los devotos y a mí me edifica, porque en él todo proviene de una naturaleza moral admirable, hombre con el que no me atrevería a proclamar demasiado mi buen armonía y que me parece no simpatizaría con un eclesiástico sino en condiciones muy especiales...”(19 de julio 1842)

Incluso el P. Lacordaire, aun siendo tan liberal, no siempre la sigue en la exposición de sus ideas ni el mismo P. d’Alzon que en general la comprende mejor que nadie.

“Se acuerda Vd. de mis recriminaciones contra la filosofía de Mr. de Maistre en relación con su idea de expiación? Hace algunos días volvía a pensar en ello, al oír decir a un extranjero, que nadie le parecía estar tan de acuerdo con las ideas de Lacordaire como yo. Y me pregunto, recordando nuestros últimos encuentros ¿por qué este sentimiento de simpatía no se ve cuando estamos frente a frente; cómo, mientras desde lejos nos juzgan de acuerdo, nosotros nos sentimos, tanto el uno como el otro a gran distancia en nuestros puntos de vista? Volvía a la misma razón de siempre. Aunque llamen tribuno a Mr. Lacordaire y aunque en política tenga ideas liberales, me parecía sentir que en ideas yo iba más lejos que él” (al P. d’Alzon 27 diciembre 1843)

“Al recibir su carta, sus objeciones fastidiaron y mi primer movimiento fue dejarlas de lado, para llegar a la tercera página. Con gusto me hubiera quedado allí diciéndome: No comprende, pasemos a otra cosa ¡y no hubiera contestado nada! (al P. d’Alzon 13 octubre 1843)

ESCRÚPULOS

Pero en estos años la M. M^a Eugenia es joven de 24 a 27 años. Está, como ella misma lo dice, encargada de una “fundación sin fundador”, y lo que es peor, calumniada ante las autoridades religiosas por el fundador, está sola para sostener a sus compañeras que se desalientan fácilmente, ella misma se llena de escrúpulos cuando constata las divergencias

de pensamiento que la rodean, y en fin atada de pies y manos a unos superiores eclesiásticos que no verían sin inquietud sus ideas avanzadas. Entonces duda, y a veces retrocede.

“ Las personas más piadosas cuya dirección es la más nombrada, parecen alejar de nosotros como un peligro, todo deseo y esperanza de ser útiles; se regocijan cuando desaparece nuestra actividad ante el único deseo de gozar de Dios, nos reducen siempre a nuestra salvación... Con mis ideas de independencia, de las que no he podido desprenderme, me parece que esto va a hacer de nosotros un pueblo de niños; como los romanos de hoy, a quienes de todos modos he oído ensalzar muy a menudo por esta clase de ideas. Ante estos pensamientos muchas veces me he repetido ¡quizás tienen razón y quizás soy yo la que está loca! ¿Será virtud esta maduración en la fe? Pero como no tengo el don de estas acomodaciones tan prudentes, quisiera, entonces, liberarme de toda acción para entregarme solamente a la vida de oración. (al P. Lacordaire, 13 diciembre 1841)

DUDAS

Un sacerdote de gran valía que quizá llegue a ser un futuro superior eclesiástico va a venir a verla ¿Será bueno decirle toda su manera de pensar? ¿Qué haré? ¿Le dejaré sospechar algunas de mis ideas sociales, algunas tendencias enérgicas, con las cuales renacerían todos los reproches contra nuestros orígenes y que serían la causa de que nos mirasen con prevención, todos los espíritus que hoy día están a nuestro lado? En el caso de notar alguna apariencia de simpatía , dígame si haría bien en ir más allá de las razones tan tontas que suelo dar en cuanto a nuestros estudios, nuestro oficio, nuestras salidas, cosas tontas que considero siempre de la manera más restringida , cuando me veo obligada a hablar de ellas. Porque es una cosa extraña, nadie se ofende ante una tontería y en cambio, muchos se asustan ante lo que indica la voluntad de ser enérgicas y tener una acción decidida y positiva, incluso en nuestra muy pequeña esfera... Me ha sucedido mil veces al final de una conversación en la que había aducido estas malas y quizás culpables razones, me felicitaban: “ Ya ve que no son Vds. Orgullosas , como me habían dicho, que no están por esas ideas de reforma y que su casa será como todas las demás.” Me da pena cuando oigo decir estas cosas. Si las demás religiosas se avienen a estos motivos de agradar a los padres, o de atraer postulantes ¡Ah, Padre mío, déjeme tener la esperanza de ser religiosa contemplativa! Al menos, así no se necesitan estas combinaciones administrativas que me hacen pensar en lo peor que hay en el mundo! (al P. d'Alzon , 19 julio 1842)

Da entonces un ejemplo de esas “combinaciones” de esa “habilidad mundana” que tanto le repugna pero que la coaccionan muy a su pesar, si no quiere exponerse a comprometer demasiado pronto, su obra todavía tan frágil.

“La razón de nuestras salidas (la verdadera) es el temor de que si dejamos de ver a los pobres, no nos sentiremos lo bastante, sus hermanas y olvidaremos las realidades de la vida pues llevamos una existencia excepcional, por muy austera y pobre que sea. La religiosa no conoce ni la soledad, ni las preocupaciones, ni las humillaciones de la pobreza, ni la continua dependencia de su trabajo. Generalmente la religiosa vive con continuas privaciones, pero que una vez prescritas están definitivamente limitadas... ¡Pues bien, tan sólo “me perdonan” nuestras salidas si le digo que en nuestros tiempos tan agitados son a menudo necesarias porque facilitan los asuntos materiales...! ¿Por qué la razón más a nivel humano es siempre la menos censurada? ¿Por qué las personas más piadosas ven en los actos de nuestra vida razones que tanto me ofenden y que me parece lo rebajan todo a un nivel terreno? (al P. d'Alzon 19 julio 1842)

TENTACION DE DESALIENTO

Todo esto provoca un cansancio muy grande en el alma de M. M.^a Eugenia. Le parece finalmente que le quitan las armas de las manos. Si no le fuera posible, como educadora de la juventud tener en su “pequeña esfera” una acción decidida y positiva ¿no corre el riesgo de hacer más daño que provecho, dejando que el egoísmo se desarrolle en el corazón de las jóvenes?

“Quería decirle que estaba convencida que no se llegará a una verdadera superioridad de la ciencia, necesaria para los católicos actuales si quieren triunfar, más que por la superioridad del carácter infundido en los maestros y alumnos, por la pasión que debe animarlos, por la filosofía que debe guiarlos... y en general, esto es lo que precisamente se destruye en la educación religiosa, de manera, que supuestas estas cosas, la educación laica, que posee estrés tres fuerzas en el orden humano e incluso malo, tiene una ventaja intelectual sobre la educación que las destruye... Quiero decir que vale más un carácter firme según las normas del honor humano y mundano que otro destrozado y sin ninguna firmeza, ¡Vale más para el desarrollo de la inteligencia el entusiasmo embustero de las pasiones naturales y la antorcha de una filosofía malvada que la ausencia de toda vibración en el alma!” (al P. d’Alzon 5 agosto 1844)

Si no puede obrar por medio de una educación cristiana y contra corriente una “revolución fundamental” en las almas de las jóvenes, si no puede provocar inquietudes en la conciencia de esta “sociedad más cristiana de nombre que de hecho”, si tiene que colaborar en un proyecto que le parece propio para “infiltrar la somnolencia en las almas”, no hay razón para que sea educadora y le vuelva, de nuevo, la tentación de abandonar el apostolado.

“Esta obra me es ocasión de grandes sufrimientos: no me gustan las niñas, ni la enseñanza, ni el estudio, ni tampoco las relaciones con el exterior, tal como son necesarias en un colegio... y le confieso que a menudo, he acariciado la idea de terminar unos días en otro lugar... Creo que este pensamiento resulta en gran parte de esa incomprensión antes expresada, de manera un tanto amarga. (al P. d’Alzon 19 de julio 1842)

“Necesito, pues, apartar mi inteligencia y mi alma de todo esto, volver al misticismo y a las cosas exteriores, sin que de ahora en adelante, pueda encontrar interés alguno en los asuntos generales de la iglesia! ¿Qué me puede importar, por ejemplo, de esta famosa cuestión de la enseñanza? ‘¡Bien conozco al clero y a los católicos fervorosos...! Y le confieso que si tuviera un hijo, experimentaría la misma alegría viéndoles infiltrar su somnolencia en su venas, como las nociones laicas del Sr., Villemain...! ¡En cuanto a mí, hubiera querido ser educada por ellos; así sentiría menos en mi interior esta vida que me mata mientras no haya conseguido matarla a ella!, pero si amase a esta alma la preservaría de su aliento, como el del desierto! (al P. d’Alzon 12 marzo 1844)

“Queda una amargura” porque entonces no se concibe ya cómo se realizará la consecución del fin; la acción se hace más penosa, más incierta, más tímida” (al P. d’Alzon, 15 marzo 1844)

“Cuando me reprochaba Vd. mi desgana por el estudio, creo haberle dicho, al exhortarme Vd. a estudiar las opiniones católicas, para que me sirvieran como base, que me interesaban muy poco, ya que tenía mis propias opiniones en cuanto a la práctica y que si no podía realizarlas, poco me preocupaba lo demás... Si quieren probarme que el catolicismo tiene que producir consecuencias opuestas (a lo que yo creía) lo aceptaría para mí, porque

es necesario permanecer en la línea de la sumisión para estar en la de la piedad, pero sin querer de ningún modo prestar mi colaboración para que se realicen esas consecuencias en el mundo; y por consiguiente, cuando en nuestras relaciones de dirección tuve que sacrificar muchas de mis opiniones me encontraba menos dispuesta para la acción y como agotada y disgustada de todo cuanto podría hacer, aprender y enseñar... Porque si existen serias razones para pensar que estoy equivocada no podré ni querré, como es muy natural, esforzarme en realizar lo que a mi parecer es funesto. (al P. d'Alzon fines de 1844)

TEMOR DE ESTAR FUERA DE LA ORTODOXIA

Durante estos años se siente tentada a no trabajar ya más. Por lo que se refiere a ella solamente, está pronta a sacrificar sus opiniones personales, a las que acusan de tener cierto olor de herejía.

“Aún tengo muchas tentaciones contra la fe... ¿Me atreveré a decírselo y qué le parecerá...? Entre lo que pienso y las nuevas ideas de Mr. Lacordaire, no hay ni un pelo. Cuestiono al catolicismo con una especie de frialdad e incredulidad bajo las que se esconde un apasionamiento impetuoso que no me explico.” (al P. d'Alzon , 26 junio 1844)

“Como no puedo correr el riesgo de una acción falseada, al seguir unos principios condenados por motivos serios, me abstendré de toda acción, limitando mi actividad a las obras materiales y a la vida de oración” (al P d'Alzon, fines de 1844)

“todo lo que Vd. anota en mi última carta me parece muy inexacto, tal como Vd. lo interpreta, y le agradecería quemase es última carta, pues por razón de mi influencia con las hermanas, no querría que existiese palabra mía que no estuviese de acuerdo con la más estricta ortodoxia”. (al P. d'Alzon 2 febrero de 1844)

Y SIN EMBARGO

Con todo me es imposible pensar que se equivoca, no puede dejar de creer con toda su alma que su sueño se realizará un día y que entonces se reconocerá todo el sentido de su obra. Y con esta certeza de fe, está segura que en el porvenir, triunfarán estas ideas que ahora debe sacrificar y en este sentido ofrece, lo que llama “noche de su inteligencia oprimida bajo el peso de unas ideas que rechaza totalmente.”

“Pido a Dios, que nunca se engañe, que venga a nosotros su Reino en este mundo. Y quizá, sabe Él muy bien que no puede venir ese Reino por caminos opuestos de los que yo pienso y Él modificará los acontecimientos de tal manera que la gente que ahora no me comprende o me condena será más adelante lo que yo deseo. Esto mismo les sucede a los Obispos con Mr. Lacordaire. Creo que probablemente más adelante, se verán las cosas como yo las veo.” (al P. d'Alzon, fines de 1844)

“Hasta ayer no me ha traído “las voces de Prisión” de Mr. Lacordaire. Más de una cosa, bien lo sabe Vd. ha hecho vibrar mi corazón en el momento de abrir este librito. ¡Hoy en día es imposible que la regeneración terrena de la humanidad, de sus leyes sociales, no haya de proceder de la palabra de Jesucristo! Las ideas y normas admitidas en nuestro tiempo pueden oscurecer a mis ojos esa certeza, yo misma puedo no captarla. Pero esta pobreza , esta noche de mi inteligencia oprimida por ideas que desecharía naturalmente como opuestas, no impide que la cosa sea tal y que mi fe la descubra a través de mis tinieblas” (al P. d'Alzon, 13 marzo 1844) (cita deformada Or II pág. 99)

II.- F E O P E R A N T E

“Me repugna mucho apuntar más bajo de lo que Dios me pide.” (al P. D’Alzon, 28 agosto 1843)

PERO VOLVAMOS HACIA ATRÁS

La M. Ma. Eugenia parece haber tenido, desde el momento de su conversión, una intuición de que debería ser la educación cristiana para contribuir con ella a la transformación de la sociedad.

Su apasionado amor a Jesucristo” Liberador y Rey del mundo” le hacía fáciles todos los sacrificios. La magnitud de la meta perseguida en estos comienzos le comunicaba todo el valor necesario. Ya podía abandonarla Mr. Combalot, incluso calumniarla, como lo hizo en los primeros tiempos de las desavenencias. Ya podía unirse en contra de ella todo el mundo eclesiástico en 1841, ella hacía frente a todo.

Hay que representársela en este ambiente, mientras escribía, bajo la mirada de Dios, la famosa carta de Mgr. Gros. En ese momento parecía que todo se vendría abajo. La querían convencer de que volviera a la Visitación. Le era necesario salvar la obra a cualquier precio.

El pensamiento fundamentas de la Asunción era, según lo anunciaba la M. M^a Eugenia, “un pensamiento de delo”. Tenemos que dar a esta palabra su significado más profundo, el del Salmo que el Evangelio aplica a Jesús “el celo de tu casa me devora,” Como Jesús frente a los mercaderes del Templo, M. M^a Eugenia sentía que la gracia de Dios le infunde un amor ardiente por la extensión de su Reino aquí abajo y un valor invencible frente a todos aquellos que se oponen a la proclamación de la verdad porque estorbaba a su egoísmo. La carta a Mgr. Gros reviste a nuestro parecer una importancia primordial. Desde los principios de la Congregación se le ha considerado “como el máspreciado documento al cual es preciso volver continuamente la mirada para conocer nuestros verdaderos orígenes”. Por eso nos sorprende bastante leer en una carta dirigida al P. d’Alzon el 28 de agosto de 1843 apenas dos años más tarde, estas reflexiones que, a primera vista, parecen desvirtuar su carta de 1841 a Mgr. Gros.

“No estamos aun suficientemente asentadas para atreverme a expresar nuestro fin tal como lo comprendo” la vida contemplativa enriquecida por los estudios religiosos, es el principio de una vida activa de fe, de celo, de libertad de espíritu.” Para mí el verdadero fin, el sello verdadero de una obra está en la consagración íntima a tal o cual misterio divino, para el cual esta consagración es un homenaje perfectamente subsistente. Creo que nosotras estamos llamadas a honrar el misterio de la Encarnación y la persona sacratísima de Jesucristo y también la adhesión de la Sma. Virgen a Jesucristo. Esto es, incluso, lo que domina en nuestro punto de vista en cuanto a la educación y, diga Vd. lo que diga, vemos a María como nuestra Madre, precisamente por ser ella, el alma humana que reproduce más fielmente la vida de Jesucristo y vive de ella. Pero, ¿cómo quiere Vd. que exprese nada semejante, aún con todos los miramientos y explicaciones posibles? Por otra parte cuando se trata de una Regla o cosa estable, apuntar a un blanco más bajo de lo que Dios nos propone me repugna totalmente. El desarrollo aun simplemente humano de estos principios, nuestro fin en

la educación, no sé cómo expresarlo de manera que sea a la vez lo que se expresa de nosotras.

En lo referente a nuestras hermanas no quisiera nunca dar esas ideas falaces, pero insuficientes, sin energía, sin alcance tales como las que he leído en la carta que, en otro tiempo, escribí a Mgr. Gros sobre la obra y de la cual le hablé durante su estancia en París. “Que otros den esas razones, bien, pero yo no me haré jamás culpable de semejante carta”. (carta al p. d’Alzon 28 agosto 1843)

Con esto, ¿tendremos que decir que nuestro preciado documento ha de perder a nuestros ojos todo su valor? De ningún modo. Porque M. M^a Eugenia lo que subraya de su carta es tan solo uno de los aspectos: las razones insuficientes que dio entonces en cuanto a los objetivos de su congregación.

Estas razones, dice “no tenían energía ni alcance”

Más exactamente, puede ser que no fueran las verdaderamente determinantes. En su carta al P. d’Alzon del 19 de Julio de 1842, M. M^a Eugenia habla de “estas razones tontas que me he acostumbrado a dar cuando se trata de nuestros estudios, nuestro Oficio, de nuestras salidas, cosas que siempre considero de manera limitada, cuando es necesario que hable de ellas, puede que sean malas razones y que quizá hasta culpables. Si emplea estos argumentos es a veces, como lo hemos visto, porque se siente obligada a tener ciertos miramientos con sus interlocutores, reticentes a priori, para no ponerlos en guardia contra su obra. Esta “no está aún bien asentada” para poder permitirse el lujo de comprometerla por una imprudencia, atreviéndome a “declarar su fin tal como ella lo entiende”. Si esto era verdad en 1943, cuánto más lo sería en 1844, cuando mucha gente tenía prevenciones contra la naciente Asunción y cuando el diálogo epistolar con Mgr Gros era cuestión de vida o muerte. Pero por otro lado ¿hubiera podido, aun queriéndolo, expresarse con mayor claridad y más vigor en 1841?... ¡El pensamiento evoluciona con rapidez cuando aún no se tienen 30 años! Las intuiciones se precisan y se reafirman en pocos meses. Lo que M. M^a Eugenia veía con toda claridad en 1843 e incluso en 1842 no era en 1841, muy probablemente más que una intuición vigorosa pero aún imprecisa. Y esto explica que al releer más tarde su carta a Mgr Gros, la juzgue con alguna severidad.

Pero si en 1841, por lo que sea, no había podido expresar con bastante firmeza las verdaderas razones de nuestros estudios, de nuestro oficio, y de nuestras salidas, poseemos felizmente otro documento, del que se hizo ya alusión, la carta del 19 de julio de 1842, al P. d’Alzon en la que explicita con más vigor sus intuiciones fundamentales sobre estas cuestiones. De aquí en adelante tendremos que leer estas dos cartas en paralelo.

El pensamiento preferente de la fundación de la Asunción es un pensamiento de “celo”. Urgida por el amor de Dios, M. M^a Eugenia quiso intentar por todos los medios posibles hacer que Jesucristo penetrara en la sociedad de su tiempo. Hacer esto constituía para ella una ayuda para liberarla del egoísmo que arrastra tras él, la incredulidad, anunciar a esta sociedad la ley del amor, en una palabra convertirla de hecho en “cristiana”. Pero, ¿qué hacer para llegar a esto?

NUESTROS ESTUDIOS

Carta de 1841 a Mgr. Gros

Carta de 1842al P. d’Alzon

En nuestras constituciones se recuerda a menudo el celo como nuestro fin, nuestros estudios están ordenados de modo que obligadas, como estamos, a desarrollarlos, sepamos que nuestro deber es abrazarlos con un espíritu religioso y austero sin buscar en ellos más que un medio de transmitir el conocimiento de Jesucristo. Se podría cuestionar el impulso dado a estos estudios, si no intentáramos atraer nada más que a padres cristianos, lo bastante razonables para contentarse, en materia de educación, solamente con aquello que es verdaderamente útil para la mujer. Pero, si a costa de un poco de trabajo y de plegarse exteriormente al afán de ciencia que tiene la gente del mundo, podemos llegar a obtener la salvación de sus hijas, ¿no seríamos culpables negándonos a ello?. Pues es muy cierto que no nos confiarán sus hijas para instruir las en la fe si no les demostramos que somos capaces de enseñar todo lo que se enseña en sus colegios.
(Or. I pag 492)

Para cristianizar nuestros estudios era necesario estudiar en profundidad el cristianismo y las obras escritas en épocas más cristianas y en tiempos de los Padres de la Iglesia, que comentaron el Evangelio proyectando las luces de una inteligencia humana superior. Era necesario identificarnos con la vida espiritual de la iglesia, entrar por medio de la lengua católica (el latín), en posesión de cuanto pudiéramos alcanzar del desarrollo tranquilo de la Fe, en lo que se refiere a la inteligencia. Porque nuestro objetivo no era la controversia sino la Fe operante, la Fe dominando nuestros juicios, gestos y afectos. Sto. Tomas, el resumen más claro, el de menos controversia que yo conozco, nos serviría para conocer el dogma, cosa necesaria, para que al leer después los autores modernos supiéramos discernir en seguida el punto débil en el que su cristianismo falla y tiene error. Estudiar la fe y sacar conclusiones de lo que enseña en todas las asignaturas que se deben enseñar, para esto se necesita más sencillez que talento, y los estudios ganan con ello tanto en eficacia como en piedad. (19-7-42 anejo pag.33)

Se comprende el pensamiento de M. M.^a Eugenia en 1842: para cristianizar las inteligencias, es necesario que los mismos estudios sean cristianos, que el cristianismo los “impregne” ¿En qué fuente se podría beber, para impregnarse de este cristianismo auténtico, que lejos de infiltrar somnolencia en los corazones les inflamara en el amor de Dios y del prójimo? En los que verdaderamente vivieron la Fe. Es necesario, pues, conocer de manera suficiente la teología, la historia, e incluso el latín, para poder comprender los textos de los Padres, que son el núcleo del verdadero pensamiento cristiano, en tiempos en los que no se había cedido a la tentación de separar la vida y la fe, muy al contrario, se comentaba el Evangelio con las luces más superiores de la inteligencia humana y esto para que la Fe sea operante y domine los juicios, los gustos y los afectos de los hombres en lo concreto de sus vidas. Y si M. M.^a Eugenia añade a estos estudios específicamente religiosos, el estudio de los idiomas, en especial el inglés y el alemán, las ciencias y el arte es con esta óptica realista y resueltamente misionera. Es necesario, tal como los Padres lo hicieron, en los comienzos del cristianismo rodear el Evangelio, de las luces más brillantes de la inteligencia humana, en todo lo que tienen de “actual” o mejor, dejar que el Evangelio impregne estas luces ya de por sí portadoras de Dios.

M. M.^a Eugenia dejaba entrever en 1841 esta principal razón de nuestros estudios, cuando decía que en ellos solo buscábamos un medio para dar a conocer a Jesucristo y es cierto que su espíritu valiente y pastoral le hacía hacer también la posibilidad de hablar a los padres de las niñas en un “lenguaje” que les fuera comprensible. Pero no es de extrañar, que

más tarde encontrará al conjunto de sus razones demasiado insuficientes. Ya se sabe el gran temor que tenía de caer en la tentación de “complacer a los padres” y qué lejos estaba de su espíritu el oponer la ciencia a la Fe.

NUESTRO OFICIO

Carta de 1841 a Mgr. Gros

Carta de 1842 al P. d’Alzon

<p>Decimos el Oficio de la Iglesia universal, era el atractivo de todas las hermanas y cuando una oración nos atrae, la gracia de Dios tiene algo que ver con ello. Además las religiosas educadoras necesitan más oración que las otras; traen de sus clases distracciones que las palabras de un oficio bien comprendido hacen desaparecer mejor de lo que desgraciadamente sucede con la oración sola. El Oficio no hace hijas de la Iglesia, en el sentido de que seguimos sus fiestas, sus ceremonias exteriores; así las niñas se acostumarán y apreciarán ya en el colegio la oración pública de la parroquia más que si solo rezáramos un oficio particular. El canto de la iglesia y todo lo que el oficio comporta de culto exterior les gusta y las lleva a Dios. (Or. I pág. 491)</p>	<p>El estudio del latín y la recitación del Oficio podían ayudarnos a conservar ese amor y esa comprensión de la lengua de la Iglesia, así como la costumbre de alimentar nuestro espíritu con las obras de los Padres o los de aquellos tiempos de Fe, con preferencia a otras lecturas piadosas. En cuanto a la recitación del Oficio se añadía otra razón, la índole que debía formarse en nuestras hermanas. No hay nada que conserve el espíritu religioso como el oficio, que a todas les gusta muy pronto cuando lo comprenden y lo rezan en coro. Suprimirlo y como es necesario que las hermanas recen y como serán las menos quienes puedan darse continuamente a la vida de oración, se recaería en la profusión de libros de piedad, cuyo menos defecto es el espíritu individualista. El Oficio, por el contrario, engendra una devoción sólida; se puede incluir en él todas las intenciones, es lo más ortodoxo que existe en cuanto a perfección y rezándolo se está dispensada de las otras devociones. 19-7-42 anejo pág. 33)</p>
--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Alimentar nuestro espíritu con la doctrina de los Padres, en las Lecturas del Oficio y con las obras de verdadera y sólida piedad de la Iglesia universal, Cuerpo de Cristo; vivir al ritmo de esta Iglesia en la actualidad, asumiendo todas sus intenciones, sigue siendo en 1842, la misma óptica del cielo: dejarse coger por Cristo, hoy para dejarle vivir y hablar e nosotras hoy. Si esta no fuera la devoción de las hermanas, tendrían que alimentar su espíritu con libros de piedad menos valiosos y caer en las devocioncitas particulares que no ayudan a vivir de Cristo, presente en el mundo.

Eran estas mismas razones las que se dejaban entrever en la carta de 1841, pero con mucha menos fuerza. Y no se trataba para M. M^a Eugenia de olvidarse de la vida rezando, sino muy al contrario, de lo que se trataba era de asumirla. En cuanto, el llegar a ser hijas de la Iglesia, se trataba de dar a las niñas el gusto de los oficios parroquiales, lo que era en verdad un empeño muy audaz en aquella época.

NUESTRAS SALIDAS

Carta de 1841 a Mgr. Gros

Carta de 1842 al P. d’Alzon

--	--

<p>No somos religiosas de clausura, y al suprimir las rejas, suprimimos también muchos obstáculos para la educación. ¿Quién no conoce los prejuicios del mundo contra las rejas? Se podría añadir mucho sobre la necesidad que tienen las niñas de palpar la miseria que tan solo conocen de nombre, y también hay que decir que las obras de caridad aportan un contrapeso a los estudios, y las relaciones con los pobres a la sociedad de los ricos; otra ventaja es impedir que las religiosas sean excesivamente impresionables como les sucede a las personas muy encerradas. (Or. I pág. 490-491)</p>	<p>La razón de nuestras salidas es el temor de no ser suficientemente hermanas de los pobres si dejamos de verlos y tratarlos, y el peligro de olvidar las realidades de la vida, en una existencia de excepción, por muy austera y pobre que sea. La religiosa no conoce la soledad, ni las preocupaciones, ni las humillaciones de la pobreza, ni la continua dependencia del propio trabajo. Vive de ordinario, en medio de continuas privaciones pero que una vez establecidas son definitivamente limitadas. (19-7-42 anejo pag.34)</p>
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

En 1842 nos encontramos con este apasionado afán “de interesarse por la vida” inherente al verdadero celo, de encarnarse verdaderamente en este mundo para continuar en él, la Encarnación de Jesucristo.

Sobre este tema, ya en la carta a Mgr. Gros, M. M^a Eugenia se muestra bastante explícita en la que se ve ya el temor que siente de tener unas hermanas “totalmente cerradas” separadas del mundo. Pero más que los “peligros de las relaciones” lo que teme son los peligros de olvidar las realidades de la vida que tan bien nos las recuerdan los pobres.

Y quizás fuese en este punto, donde se comprende mejor que M. M.^a Eugenia no se sintiese libre de llegar hasta el final de su intuición misionera. Al final de la página de los Orígenes, es donde se nos cuenta este pasaje de la carta a Mgr. Gros, la redactora, que lo escribía en 1893, añade esta nota: “Mr. Combalot había deseado que las visitas a los pobres formasen parte de la educación de nuestras alumnas. Esta práctica tenía grandes ventajas pero también grandes inconvenientes. Hemos tenido que renunciar a ella y ahora son los pobres quienes vienen al colegio para encontrarse con las niñas.” (Or. Pag.491)

No se puede señalar más tristemente el cambio de óptica producido en el S. XIX, pasando, de una apertura al mundo para anunciar a Jesucristo, a una caridad de tipo paternalista a los pobrecitos. ¡La época aquella lo veía así y no hay que escandalizarse!

Esta última constatación nos ayuda a penetrar una vez más en el corazón de M. M^a Eugenia en los comienzos de su vida religiosa apostólica. He aquí porque, incluso en 1843 y aún más tarde no podía decirlo todo. “Las únicas razones que le parecen dignas de ser tomadas en cuenta serían motivos de burla, de censura, de dura acusación de orgullo.” (19-7-42) No son compromisos mundanos lo que a veces la obligan a callarse, sino el cuidado de evitar escandalizar a los débiles y como Cristo no decir antes de tiempo lo que aún no se pueda sobrellevar.

El sufrimiento que la abrumba, por este estado de cosas, esa “especie de adormecimiento” la tentación de desaliento ante las miras de fe tan poco exigentes y lo mismo en la práctica de la vida cristiana, bien sabemos lo que todo esto fue. Y sin embargo, supo aguantar firme y conservar en su congregación el verdadero sentido del celo. ¡Ahora se trata de vivirlo!

III.- UNA LLAMADA PARA HOY

HOY “Creo que más adelante comprenderán quizá lo que comprendo ahora” (finales 1844)

L.G. Constitución dogmática “LUMEN GENTIUM” de la Iglesia

G.S. Constitución pastoral “GAUDIUM ET SPES” de la Iglesia en el mundo de hoy

A.G. Decreto “AD GENTES” de la actividad misionera de la Iglesia

G.E. Declaración “GRAVISSIMUM EDUCATIONIS” sobre la educación cristiana de la Juventud.

A.A. Decreto “APOSTOLICAM ACTUOSITATEM” sobre el apostolado de los seculares

O.T. Decreto “OPTATAM TOTIUS” sobre la formación sacerdotal.

P.P. Encíclica “POPULORUM PROGRESSIO” sobre el desarrollo de los pueblos.

UNA LLAMADA PARA HOY

La apatía de los cristianos, frente al mal en el mundo, y con el mismo pretexto que en el siglo pasado, sigue siendo abrumadora. Pero al menos hoy, la Iglesia en general es muy consciente de ello. Aquí, debemos citar el hermoso texto del P. Teilhard de Chardin, en el “Medio divino” donde volvemos a encontrar, expresadas en frases líricas, las penas, las esperanzas, las certezas que M. M^a Eugenia, había expresado cien años antes.

“Las resistencias del mundo frente al bien han desconcertado nuestra fe en el Reino de Dios. Un cierto pesimismo sostenido quizá por una concepción exagerada de la falta original, nos ha llevado a creer que decididamente el mundo es malo e incurable. Así hemos dejado que en nuestros corazones adormilados se amortiguara el fuego. Sin duda rezamos y obramos concienzudamente para que “¡venga el Reino de Dios!” Pero ¿cuántos son los corazones que realmente vibran hasta lo más hondo...? ¿Qué católico hay tan apasionado por el ansia de difundir la Encarnación como lo están muchos humanitarios por los sueños de una ciudad nueva...? Es menester reavivar esa llama... Pero ¿dónde encontrar la fuente de ese rejuvenecimiento...? En un creciente interés de nuestro pensamiento por la preparación y consumación de la Parusía. Y ¿cómo hacer brotar semejante interés? De la perceptiva de una conexión más íntima entre el triunfo de Cristo y el éxito de la obra que el esfuerzo humano trata de edificar aquí en la tierra. (El medio divino pag, 197-199)

Precisamente para reavivar la llama y buscar este rejuvenecimiento, del que hablaba Teilhard, es para lo que Juan XXIII convocó el Concilio. Y en esta misma óptica se sitúan, desde hace algunos años, los Papas y los Obispos al dirigirse al mundo.

Todos estos textos y muy especialmente los del Vaticano II interpelan enérgicamente a los educadores. Pues, hoy en día, la Iglesia misma es quien les confía esta “obra colosal” que en otros tiempos vacilaba en aprobar, cuando la proponía la M. M^a Eugenia. Y ¿qué hacen, de hecho para responder a esta llamada?

La apatía de los corazones adormilados se manifiesta efectivamente en proporciones cada vez mayores, en “la disociación entre la fe y la responsabilidad social” para muchos cristianos la fe se reduce a “la adhesión a un credo y a unos principios morales” (Medellín

VII. 10) en lugar de “iluminarlo todo con una luz nueva y manifestar el plan divino sobre la entera vocación del hombre” (G.S. 11 par.2)

Así pues, la Escuela católica debe afrontar este daño. Según el Concilio, su misión es educar a los alumnos para conseguir con eficacia el bien de la ciudad terrestre y los prepara para servir a la difusión del reino de Dios. (G.E. 8)

M. M^a Eugenia decía: Vivimos en este mundo para trabajar por el advenimiento del Reino de nuestro Padre Celestial. No podemos minimizar todo lo que estas palabras contienen de exigencia. “Ahora ha llegado el momento de la acción; a cada uno le toca tomar en mano sus propias responsabilidades” nos repite hoy Pablo VI (P.P. ¿?)

Y el Concilio: “no todos los que dicen ¡Señor, Señor! Entrarán en el reino de los cielos, sino aquellos que hacen la voluntad del Padre y ponen las manos a la obra” (G.S.93 par 1)

La educación de la juventud debe pues más que nunca “orientarse de tal modo que forme hombres y mujeres de generoso corazón, de acuerdo con las exigencias perentorias de nuestra época (G.S. 31 par 1) y que pongan al servicio de la humanidad “toda su competencia, todo su entusiasmo, todo su amor desinteresado”. (P.P. 75)

El ardor apostólico que la educación debiera suscitar en el corazón de los jóvenes proviene de esa entusiasta visión de fe que “Cristo inauguró en la tierra el reino de los cielos, ya presente actualmente en misterio, por el poder de Dios que crece visiblemente en el mundo” (L.G. 3) “Cuando venga el Señor, se consumará su perfección”. (G.S...39 par 3)

Para “preparar todo lo procedente al Reino de los Cielos” la Iglesia invita a los cristianos a “que se entreguen al servicio temporal de los hombres”. (G.S. 38 par 1) Porque “la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra.”(G.S. 39 par 2) y nos impele a “trabajar en la renovación de los espíritus y a profundas renovaciones de la sociedad.” (G.S. 26 par 3) para “construir con todos los hombres un mundo más humano” (G.S. 67 par 1) ¡Estos no son simples consejos, y al escucharlos no podemos hacernos los distraídos! Muy al contrario, “los cristianos han tomado sobre sí una tarea ingente que han de cumplir en la tierra y de la cual deberían responder ante Aquel que juzgará a todos en el último día” (G.S. 93 par I)

No se diga, pues que la “esperanza escatológica disminuye la importancia de las tareas terrenas, al contrario, sostiene el cumplimiento por nuevos motivos” (G.S. 21 par 3) Es precisamente “para dar testimonio de la esperanza poseída que los cristianos conscientes de su vocación, deben ayudar a la transformación cristiana del mundo para que se transforme según el propósito divino y llegue a su consumación” (G.S. 2) y es esta perspectiva total del hombre rescatado por Jesucristo lo que nos importa. Porque como dice el P. Teilhard, demasiados cristianos creen todavía “que el mundo es malo e incurable”. Se olvidan muy fácilmente “los resultados y consecuencias de la Redención” según las palabras de N.V.M.F.

El Concilio y los textos del Magisterio vuelven en este terreno a poner las cosas en su punto. “Cristo ha liberado al mundo del pecado, dice el C. Vaticano II, para que se transforme según el propósito divino y llegue a su consumación (G.S. 2 par 2) Cristo es ese mismo Libertador que a M. M^a Eugenia le gustaba contemplar, es ese “salvador de quien tenemos necesidad para que nos libre de nuestra debilidad, de nuestra soledad, de nuestra esclavitud” (A.G. 8) este Señor que ha venido a “liberar y vigorizar al hombre, renovándole

interiormente “(G.S. 13 par 2) y “ cuya presencia salvífica nos libera de la opresión del mal (Medellín pream. 6)

Comentando la frase de Pablo VI que definía el verdadero “desarrollo” como “el “paso de cada uno y de todos, de unas condiciones poco humanas a otras más humanas” (P.P. 20), los obispos en Medellín han precisado así la situación de la humanidad: nuevo pueblo de Dios, podemos experimentar nuestra liberación del mal en este “paso”. En efecto, Cristo liberó a los pobres de su condición infrahumana, al liberarlos de la carencia de bienes materiales causada por estructuras, “pero no por la revolución y violencia, sino porque liberaba también a los ricos de esas condiciones menos humanas, liberándolos de los fallos humanos propios del egoísmo que mutila y también del abuso de la propiedad” (Medellín pream 6)

No se puede indicar la relación que existe, a los ojos de un cristiano, entre el Evangelio y la transformación de la sociedad; el egoísmo es la causa de todo mal social; la renovación nos llegará por el amor vivido según las Bienaventuranzas. Justamente ésta era la idea de N.V.M.F: que quería “se desprestigiase el egoísmo en las jóvenes hasta hacerles conscientes de las exigencias de la ley del amor”. Esto ya era un anticipo de lo que Medellín llama “la educación liberadora que redime de la esclavitud injusta y del propio egoísmo” (Or. IV-8)

Para nuestra verdadera liberación, todos necesitamos efectivamente una profunda conversión para que pueda venir a nosotros el Reino de justicia, de amor y de paz... la originalidad del mensaje cristiano está en la insistencia que pone en la conversión del hombre, y en que exige después el cambio de las estructuras sociales (Med. 1-3) M. M^a Eugenia hablaba de “entrega, abnegación” según el lenguaje de su tiempo; el Concilio dice más exactamente que “ el hombre no puede encontrar su propia plenitud si no es con la entrega sincera de sí mismo a los demás” (G.S. 24 par 3)

Tal es el sentido de la educación llamada “cristiana”, susceptible de fundar una “sociedad cristiana de hecho” como lo dice M. M^a Eugenia. Libres de todo egoísmo o al menos abiertos a la acción de Cristo que los desprenderá de él día tras día, las jóvenes que educamos comprenderán que el misterio de Xto. Afecta a toda la Historia de la humanidad” (O. T. 14) y que la Iglesia se interesa “por toda la vida del hombre, incluso la material”. (preamb. G. E.)

Estarán pues atentas a los “valores de dignidad, comunión fraterna y verdad” porque si los propagan en el mundo por el don total de sí mismos, “volverán a encontrarlos limpios ya de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Jesucristo entregue al Padre el reino eterno y universal” (G.S. 39 par. 3) Con su acción harán crecer “el fermento de libertad y progreso” contenido en el Evangelio. (A.G. 8) Manifestarán por sus palabras, sus actitudes y sus obras “la profunda unidad que existe entre el proyecto salvífico de Dios, realizado en Jesucristo, y las aspiraciones del hombre, entre la historia de la salvación y la historia humana, entre la Iglesia, pueblo de Dios, y las comunidades temporales, entre la acción reveladora de Dios y la experiencia del hombre, entre los dones y carismas espirituales y los valores humanos”. (Medellín VIII.4) Ya no existirá para ellos “separación entre la fe y la responsabilidad” con relación a sus hermanos.

Se ha visto entre los valores humanos que el cristiano está llamado a promover, el Concilio recuerda continuamente “la unión fraterna, la dignidad, la libertad, la paz” que son los frutos del amor.

Y esta es la razón por la cual toda educación debiera empeñarse solamente en revelar al Amor y vivirlo, es decir, comprometerse al servicio de Dios y de los hombres porque “no hay mayor amor que dar la vida...” M. M^a Eugenia decía haber comprendido en el momento de su conversión que la Iglesia tenía “ella sola el secreto y el poder del bien”. Había comprendido que Dios es Amor y de ello había sacado sus consecuencias.

Si los educadores transmiten, como ella lo quería, “la verdad de Jesucristo” a los jóvenes que educan, les revelarán incesantemente lo que el Concilio no se cansa de repetir: “El designio del Padre dimana del “amor fontal” o caridad de Dios” (A.G. 2). Para enseñarnos que Dios es Amor “el Verbo de Dios entró como hombre perfecto en la historia del mundo... Él es quien nos revela que Dios es amor “(G.S.38 par. 1) de manera nueva y definitiva” (A.G. 3 L.II). “El Hijo de Dios con su Encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre” y el misterio del hombre se convierte en su propio misterio (G.S. 22 par. 2) “ nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana y por tanto de la transformación del mundo , es el mandamiento del amor (G.S. 32 par.3) “Cristo hizo suyo este mandamiento” (A.A. 8) Porque “ el mensaje que manda predicar a sus Apóstoles a todas las naciones debe hacer a toda la humanidad familia de Dios, en la que la plenitud de la ley sea el amor” (G.S. 32 par.3) Él mismo es el modelo de esta humanidad renovada, a la que todos aspiran, llena de amor fraterno, de sinceridad y de espíritu de paz” (A.G.8). Tal es el “secreto” de la iglesia. Para ella “la clave y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro, CRISTO” . (G.S. 10 par. 2)

Pero si el amor es el “secreto” de la Iglesia, también, según las palabras de N.V.M.F. es también “su poder”. El Concilio también nos lo recuerda. “La Iglesia conducida por el Espíritu Santo, ha recibido de su Fundador un poder salvador” (G.S. 3 par. 1) “El amor que no es solo el mandamiento supremo del Señor, sino también el dinamismo que mueve a los cristianos a la realización de la justicia” (Medellín 84). Este misterio que la Fe nos desvela es “un estimulante, una ayuda inapreciable” (G.S.57 par.1) “una fuerza” (G.S.93 par.1) que capacita a los hombres para establecer rectamente todo el orden temporal y ordenarlo hacia Dios por Jesucristo. (A.A. 7)

Pregonar esto desde el tejado “tratar por todos los modos posibles” que esto pase a la vida de los jóvenes, eso es “difundir y realizar el Evangelio” cosa que para la M. M.^a Eugenia resume la verdadera misión educadora.

“La Iglesia tiene la misión de predicar el Reino de Cristo y de instaurarlo en todas las naciones” (L.G.5) “de proclamar y difundir hasta los últimos confines de la tierra lo que el Señor hizo y predicó”. (A.G. 3) nuestras jóvenes “ejercerán su apostolado en concreto” tal como nosotros lo hayamos ejercido delante de ellas “se entregarán, en realidad al apostolado con su trabajo por evangelizar y santificar a los hombres y por perfeccionar y saturar de espíritu evangélico el orden temporal (A.A. 2) Esto es en verdad “imitar a Jesucristo en su misión salvadora”

“La misión de la Iglesia continúa y desarrolla en el decurso de la historia la misión del propio Cristo”(A.G.) y “es el propio Señor el que invita a todos los cristianos a que se le unan cada día más íntimamente y a que, sintiendo como propias sus cosas, se asocien a su misión salvadora “ (A.A. final)

Como ya se ha visto, M. M^a Eugenia pensaba que no se podría cumplir esta difícil misión sin una profunda cultura religiosa que nos identifique, por decirlo así, con la vida espiritual de la Iglesia y que sea el sostén de “una Fe operante, que domine los juicios, los gustos y los afectos”. El Concilio ha hecho de esto una obligación de amor para los que quieren anunciar a Jesucristo, hoy en día.

“Aprendan a buscar, a la luz de la revelación, la solución de los problemas humanos, a aplicar las eternas verdades a la mudable condición de la vida humana” (O. T. 16) Para esto necesitarán adquirir “un conocimiento sólido y seguro del hombre, del mundo y de Dios, apoyados en el patrimonio filosófico de perenne validez, teniendo también en cuenta las investigaciones filosóficas de la edad moderna” (O.T. 15) “el aplicarse a las diferentes disciplinas de la filosofía, la historia, las matemáticas y las ciencias naturales y dedicándose a las artes, pueden contribuir sobremanera a que la familia humana se eleve a los más altos pensamientos sobre la verdad, el bien y la belleza y así serán iluminados mejor por la maravillosa Sabiduría que desde siempre estaba en Dios...” (G.S. 67 par 3) En estas palabras se encuentra el ideal de la cultura que N.V.M.F. nos propone y que debe tener por única meta “hacer conocer a Jesucristo”.

Se recuerda también su insistencia en recomendar el estudio de la doctrina de los Padres y las razones que daba para ello. El Concilio nos aconseja lo mismo. “Los Padres y doctores de la Iglesia nos enseñaron que los hombres están obligados a ayudar a los pobres y por cierto, no solo con los bienes superfluos” (G.S. 69 par 1) Por tanto es bueno el dejarse impregnar por sus enseñanzas que son las de “los tiempos verdaderamente cristianos” como lo decía M. M^a Eugenia.

Tal es la enseñanza de la Iglesia en nuestros días. Los educadores no pueden dejar de escucharla:

“El precepto de la caridad, que es el mandamiento máximo del Señor, urge a todos los cristianos a procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su reino” (A.A. 3) “Quienquiera que siga a Cristo y busque ante todo el Reino de Dios, encontrará en ello un amor más ardiente y más fuerte para ayudar a todos sus hermanos y para cumplir una obra de justicia bajo el impulso del amor. (G.S. 75 par 2) “Quiere el Padre que comuniquemos con los demás su misterio de amor” (G.S.93 par 1) Amor muy profundo y ardiente, amor que piensa en los otros antes de pensar en sí mismo, amor universal de Jesucristo” (Pablo VI 29-9-63)

Este amor apresura el retorno de Cristo, retorno que es el único objetivo del trabajo de la Iglesia aquí en el mundo: “La Iglesia al prestar ayuda al mundo y al recibirla del mundo, solo pretende una cosa: el advenimiento del Reino de Dios y la salvación de toda la humanidad... El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones... vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio” (G.S. 45 par 1-2)

El Papa Juan XXIII profetizaba lo que sería el mundo si se quisiera escuchar estas palabras: “El nuevo Pentecostés, tan esperado, será el que enriquezca a la Iglesia con nuevas fuerzas espirituales e irradiará por doquier su eco saludable en todos los campos de la actividad humana. Será un nuevo impulso hacia adelante del Reino de los cielos en el mundo,

la afirmación de los derechos soberanos de Dios Todopoderoso, de la fraternidad humana y de la caridad. (Juan XXIII, 8-12 -62)

Y el único modelo de todo esto es María, que “por su íntima participación en la historia de la salvación reúne en sí misma y refleja, en cierto modo, las supremas verdades de la fe” (L.G. 65); María fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con el que es necesario estén animados todos aquellos que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan a la regeneración de los hombres” (L.G. 65)

CONCLUSION

Todo esto nos lleva a reflexionar:

M .M^a Eugenia tenía, lo mismo que Teilhard, una visión “Mística” de la creación. Veía a Jesucristo, libertador y rey del mundo, llevando a término su Encarnación, atrayendo todo a Él y haciendo converger en Él todas las realidades terrenas. “Su corazón se estremecía ante la loca esperanza de la refundición de nuestra tierra” No pensaba pudiera existir para ella ni para los jóvenes, que amaba, ni para los cristianos más misión aquí en el mundo que la de trabajar por el advenimiento de ese Reino de Cristo, es decir, por la plena realización del Evangelio. “Tengo una intuición clara, de una exacta correlación entre la necesidad de regeneración social y la acción del catolicismo”. La expresión de Teilhard es casi idéntica: existe una íntima conexión entre el triunfo de Jesucristo y el logro de la obra que el esfuerzo humano trata de edificar aquí en la tierra.”

¿Hacemos nuestro este grandioso objetivo? ¿No apuntamos a menudo, tal como ella lo temía, más abajo de lo que Dios nos propone? ¿No nos paramos solo en los medios? ¿Tendremos el valor de revisar, con esta óptica nuestras acciones apostólicas?

M. M^a Eugenia comprendía que para trabajar en lo que ella llamaba “regeneración terrena” era necesario primero cambiar a los hombres, es decir, renovar las mentalidades y transformar los corazones con el espíritu de las bienaventuranzas. Comprendía que la fe no es tan solo adhesión a una doctrina y a unos principios, sino que debe ser “operante” y penetrar toda la vida. En 1848, pensaba que “nadie” más que su congregación había sido fundada en vista de esta sociedad del futuro, de la cual sus deseos apresuraban el advenimiento ...” “ no hubiera tenido escrúpulo alguno de verse admitida como obra nacional.”

Como los obispos de Medellín, estimaba que “el amor” no es solo el mandamiento supremo del Señor, el dinamismo que urge a los cristianos el establecimiento de la justicia.” Para ella este era el punto necesario de la conversión. Descubría que el ser precede y exige el obrar, por eso quiso tomar en mano la educación, una educación, que deseaba, “liberadora “ de la persona, de la dignidad humana, capaz de una entrega desinteresada, de un verdadero compromiso al servicio de Dios y del mundo, no solo del individuo, sino también de los grupos.

¿Qué hacemos hoy día para formar cristianos de fe operante, que comprendan que al liberarnos Jesucristo del pecado, nos ha liberado de la raíz misma de la injusticia social, y nos ha capacitado para comprometernos en todos los terrenos incluso en el terreno político al servicio de la dignidad humana para gloria de Dios?

M. M^a Eugenia sufría viendo a la iglesia de su tiempo aislada del mundo. Se sentía atormentada por el ardiente afán de interesarse por la vida, por permanecer en contacto con

esos hombres que había que amar en unión con Cristo hasta dar la vida por ellos y al mismo tiempo sembrar una inquietud en sus almas para arrancarlos de su somnolencia. Y esto le había llevado a exigir tanto de sí misma como de sus hermanas un trabajo intelectual asiduo, estudios difíciles que en su tiempo se consideraban poco apropiados para mujeres. Su espíritu estaba abierto a todo lo bello y su corazón vibraba con todas las empresas audaces de sus contemporáneos. Si viviera hoy hubiera entrado de lleno en todas las realidades mundanas, se hubiera apasionado por la búsqueda post conciliar y hubiera tratado con toda el alma hablar a los hombres un lenguaje a su alcance.

¿Tratamos nosotras, tal como ella lo deseaba, ser verdaderamente competentes en el campo del trabajo que tengamos asignado, para alcanzar a los hombres en su propio ambiente y hablar su propio lenguaje? ¿Conocemos bien las grandes ideologías que se cruzan en nuestra época? ¿Estamos suficientemente al corriente de la vida de los hombres y de los problemas sociales y políticos? ¿Tenemos una visión del mundo según Jesucristo?

M. M^a Eugenia había comprendido, desde su juventud que la lectura de la Sagrada Escritura era la base del progreso espiritual. No le gustaban los libros de piedad mediocres. Buscaba una cultura teológica auténtica a través de la doctrina de los Padres.

¿Sabemos nosotras buscar, como ella, la solución de los problemas humanos a la luz de la Palabra de Dios escudriñada apasionadamente en la Escritura? ¿Estamos al corriente de los adelantos de la Teología actual? “Existe una incompatibilidad radical entre las exigencias evangélicas y una sociedad injusta y alienada (Gutiérrez: Ensayo de una Teología de la liberación)

En fin, M. M^a Eugenia era grande por su valor. Su amor por la extensión del Reino de Cristo era ardiente. “Apasionadamente consagrada a difundir las esperanzas de la Encarnación” no retrocedía ante ningún obstáculo.

¿Nos anima hoy ese mismo valor, esa misma audacia frente a todos aquellos a quienes la predicación sincera del Evangelio les choca o les desinstala?

El pensamiento inicial de la fundación de la Asunción fue “un pensamiento de celo” y durante mucho tiempo M. M^a Eugenia deseó que sus Hijas hicieran un cuarto voto de extender el Reinado de Jesucristo. Este deseo de difundir y extender la Encarnación debía ser para ellas, lo mismo que para las jóvenes que educan, su única filosofía y su única pasión. “Lo único mortífero, decía un día, sería un misticismo que destrozara las almas”. Nadie mejor que ella comprendió que el hombre vivo es el que da gloria a Dios, y que Jesucristo sigue obrando en la historia hasta que vuelva para recopilar en sí todas las cosas.

M. Claire Madeleine

23 de mayo 1971 (3 días antes de su muerte en un accidente)